

Serie de Leyenda

CÓRDOBA DE LEYENDA

José Manuel Cano de Mauvesín Fabre

CÓRDOBA DE LEYENDA

[HISTORIAS Y LEYENDAS DE CÓRDOBA]



ALMUZARA

2007

© JOSÉ MANUEL CANO DE MAUVESÍN FABARÉ, 2007
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2007

Primera edición: abril de 2007

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *Copyright*.»

COLECCIÓN ANDALUCÍA. SERIE CUENTOS Y LEYENDAS

EDITORIAL ALMUZARA

Director editorial: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ

www.editorialalmuzara.com

pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

Diseño y preimpresión: TALENBOOK, S.L.

Imprime: TALLER DE LIBROS, S.L. [www.tallerdelibros.com]

I.S.B.N: 978-84-88586-59-9

Depósito Legal: CO-393-06

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

A la memoria de mi padre y hermana

PRESENTACIÓN

Prologar la obra literaria de un autor, como esta que pone en mis manos José Manuel Cano de Mauvesín, tiene sus ventajas e inconvenientes. El presentador ve en ella los pasos de alguien que ya en temprana juventud comenzó a batir sus primeras lides en el campo de la literatura. La ilusión del autor, con la que se adentra en el mundo de lo legendario dentro del ámbito cordobés, no puede ser defraudada, ni mucho menos minimizada. Todos en nuestra vida hemos dado alguna vez este primer paso y hemos solicitado el apoyo de algún amigo cercano, y como tal me considero de este emprendedor cordobés a quien, desde hace algunos años, vengo tratando por cuestiones relacionadas tanto con su investigación universitaria como con su participación en el mundo de cofradiero.

El valor de esta obra se mide por dos logros: salvar leyendas que la incomunicación familiar producida por el uso sin medida de los medios audiovisuales ha condenado al olvido, y hacerlo mediante una redacción literaria en la que demuestra sus grandes posibilidades.

La leyenda siempre ha tenido una gran acogida, tanto por lo que sugiere como por lo que suele recoger de ejemplaridad, de misterio, de ciertos elementos históricos o de idénticas actitudes del espíritu humano, aunque es cierto que fue el romanticismo el que la aupó a género literario. Del latín «*legenda*», expresa tanto la acción de leer como la obra que se lee, y el nombre se ha venido aplicando a la vida de un santo —así la *Legenda aurea* de Jacobo de Vorágine que en el siglo XII compiló numerosas vidas de santos—, al relato de sucesos tradicionales y maravillosos o a la misma composición poética en que se narran. Los nombres de Víctor Hugo, con *La leyenda de los siglos*, y de Gustavo Adolfo Bécquer aparecen como figuras estelares del género en el siglo XIX.

El libro que el lector tiene en sus manos ha pretendido recoger una serie de sucesos, conservados por tradición oral, a los que José Manuel Cano de Mauvesín ha sabido proporcionar un cierto ropaje literario.

Felicito por ello a José Manuel Cano y le animo de igual manera, aunque no por ello le descargo del duro trabajo que se ha impuesto. Pulir el estilo, romper páginas escritas, autoflagelarse en la expresión, corregir una y mil veces la obra que se estima concluida, desarrollar ampliamente un espíritu crítico y leer mucho, es el oficio que se ha dado a sí mismo. Sufrirá mucho, pero la tarea impuesta y sus frutos, que se prometen abundantes y exquisitos, le proporcionarán grandísimas satisfacciones.

MANUEL NIETO CUMPLIDO

CÓRDOBA DE LEYENDA



EL SECRETO DE MADINAT AL ZAHRA

Con el devenir de los tiempos el olvido se cierne sobre los gloriosos pasados y sus grandezas enmudecen bajo el polvo de la tierra. Sólo el recuerdo trae a la memoria el esplendor de Al Ándalus que hoy agujonea mi imaginación al deambular por entre las ruinas del antiguo paraíso de los califas, de aquella romántica Medina Azahara que llora en silencio su efímera historia...

La Córdoba insigne vio truncada su exquisitez árabe por la sobriedad de Castilla, que tornó los mucines en campanas y acalló para siempre el leve sonido de las cítaras que con sus notas impregnaban de misterio el aire...

En tiempos aún lejanos a los nuestros, cuando todavía se conservaba en pie gran parte del recinto palaciego —eso sí, desposeído de sus mayores encantos, que fueron los que le dieron fama—, habitaba en una estrecha calleja de la Judería una hermosa mujer cuya belleza cautivaba a cuantos hombres posaban su mirada en ella. Se encontraba entre los que la galanteaban el arrogante don Pedro de Orive, uno de los nobles más pudientes de la ciudad, que preso por ese sobrenatural atractivo de la joven, noche y día rondaba

los alrededores de su morada con la esperanza de poder cortejarla. Mas he aquí que el tiempo pasaba y don Pedro aguardaba en vano aquel momento que nunca llegaría, pues la dama, a sabiendas de las pretensiones del noble, se recluyó entre las cuatro paredes del caserón que habitaba, sin tan siquiera asomarse tímidamente a la calleja por entre las celosías de sus ventanales.

Transcurrían los meses lentamente y don Pedro se iba obsesionando poco a poco con el deseo de poseer a aquella mujer... Nadie sabía nada de su pasado, nadie supo decir de ella más que vivía con una vieja ama que la guardaba celosamente de cuantos la pretendían. Se murmuró en la ciudad que era la fiel esposa de un noble cruzado y hasta se llegó a asegurar que tomaría estado de religiosa. Eran motivos sobrados para que renunciasen a ella quienes ansiaban enamorarla. Sin embargo, la perfidia había anidado ya en la mente de un caballero. En medio de una gran desesperación, don Pedro de Orive no cejaba en su empeño, prometiéndose una y mil veces que habría de conquistar aquel amor.

Arrebatado por su locura y desoyendo los consejos de cuantos le conocían, penetró una noche de San Juan en el misterioso caserón con el propósito de encontrar a la mujer que idolatraba. Un silencio de muerte impregnaba todos los rincones del palacio y, puesto que nadie salió a su encuentro, comenzó a recorrer una a una aquellas sórdidas estancias hasta llegar finalmente a un amplio salón donde, reclinada sobre el alféizar de un ajimez, encontró don Pedro a la causa de sus pasiones. Desconcertada por la presencia del noble, la enigmática dama ni siquiera articuló una palabra y al instante abandonó presurosa el aposento donde el atormentado Orive, inmóvil y anonadado, sólo despertó de su sueño cuando oyó chocar contra el empedrado de la calleja los cascos de un alazán que se alejaba al galope. No tardó en reaccionar el caballero y a una velocidad de vértigo traspasó poco después la puerta de Almodóvar en pos de la dama. La noche estaba silenciosa y era fácil escuchar a lo lejos la carrera frenética del rocín que lo precedía.

Ningún centinela le detuvo a su paso por la muralla sin que ello le produjese extrañeza, y tampoco se preguntó en su delirio cómo era posible que a tales horas de la madrugada los gruesos portones del baluarte se hallasen abiertos de par en par...

No, no podía pensar en eso. Su espíritu estaba embargado por un único deseo que le enajenaba los sentidos..., y cabalgó, cabalgó sin ni siquiera saber adónde se dirigía, hasta que su caballo, deshechas las entrañas por la aguda clavazón de las espuelas, se postró agonizante ante los ruinosos muros de Medina Azahara. Pero las penalidades hacía ya mucho tiempo que no disminuían los ánimos de don Pedro, siendo gozo lo que sintió cuando en la distancia, entre las quebradas arquerías de los viejos palacios, creyó ver ocultarse a la joven que perseguía.

Tropezando con los guijarros, desgarrándose sus ricas vestiduras con los zarzales que tremolaban por los antiguos jardines, corrió hacia el lugar donde creyó ver la silueta vaporosa que correspondería, sin duda, a la causa de sus anhelos.

Entretanto, la hermosa mujer, que se había refugiado tras unos antiguos aljibes, escuchó una leve música casi inapreciable por los continuados gritos del noble requiriendo su presencia. Prestó de nuevo atención y esta vez percibió una suave voz femenina que la invitaba a ir con ella...

—¿Quién sois? —preguntó la dama, confundida y asustada por la voz de don Pedro, que cada vez se oía más cerca.

—Soy el espíritu del agua...

—Ven con nosotros, no temas...

—¿Quién sois? —volvió a insistir la hermosa mujer.

—Soy el espíritu del viento... ven y te sentarás en el trono de nuestro reino.

—¿Cuál es vuestro reino?

—El agua...

—El viento...

—¿Quién os envía?

—Soy yo, Zahra, quien te llama... Ven con nosotros, mi espíritu aún sigue cautivo por la desdicha que en mí puso un hombre.

Las pisadas del caballero se oían muy próximas y hasta podía escucharse su esforzada respiración.

—Veeenn... Ven con nosotrossss...

De repente, con la mirada enloquecida, apareció don Pedro que, tambaleándose, quiso abrazarla... Pobre de él, pues ¿qué iba a abrazar?, ¿agua?... ¿viento?... la dama de sus sueños ya no pertenecía a este mundo, acaso podría encontrarla en el aire que con sus silbidos por estas ruinas imita el llanto de aquella joven que, es cierto, se encontraba en un reino, pero en el reino de la soledad y el silencio.

Moría el sol en el horizonte cuando el anciano fraile que acababa de relatarme esta historia quedó con su mirada perdida en el infinito hasta volverse hacia mí, que aguardaba sus palabras. La campana del cercano monasterio comenzó a tañer lentamente, las sombras se adueñaban ya de aquellos parajes...

—¿De qué sirven las vanidades humanas? ¿De qué sirven las riquezas?... Todo es efímero... todo menos los deseos, pues el transcurrir del tiempo no los envejece.

Dijo esto último en un tono tal de desesperación que, extrañado, le pregunté:

—Pero... ¿por qué dice eso?

Su mirada se clavó en mis ojos y con la voz entrecortada me respondió tristemente:

—Porque yo fui Pedro de Orive...

No podía dar crédito a lo que me estaba sucediendo y con algo de miedo me alejé de aquel lugar tan pronto como mis pies me lo permitieron... La campana del ruinoso convento seguía tañendo en la oscuridad de la naciente noche, y la silueta enjuta de aquel misterioso ermitaño se perdió de mi vista tras unos cipreses añosos.

Era inútil pensar en dormir, mi mente me atormentaba de continuo con el recuerdo de aquella tarde y, aunque mi razón dedujera que no sería más que el fruto quimérico de algún sueño, el caso es que al día siguiente me encontraba en una antigua dependencia del Desierto de Belén ante el hermano bibliotecario que desempolvaba ante mí viejos legajos de caracteres góticos...

—Sí, es cierto, todo coincide..., el hermano Pedro de la Trinidad era miembro del ilustre linaje de los Orive y tuvo una vida ejemplar en esta santa casa.

—Pero ¿cuándo? —insistí yo.

El silencio invadió la estancia durante un breve tiempo, que en mi estado de inquietud parecía no acabar nunca, hasta que finalmente el religioso carmelita que me estaba atendiendo alzó su mirada y sin ahondar en mayores explicaciones me contestó con cierta torpeza:

—Hace trescientos años.

Aquella tarde, invitado por los marqueses del Mérito, la pasé contemplando claustros góticos y pétreas paredes cubiertas de hiedra en los que ni el tiempo ni la mano del hombre habían conseguido borrar su pasada grandeza. Transcurrieron las horas y al regresar del monasterio de Valparaíso me detuve ante las viejas ruinas de aquellos antiguos palacios y pude escuchar cómo el viento susurraba por sus desiertas galerías aquella historia que no conoció el paso de los siglos, aquel secreto que guardan los muros de Madinat Al Zahra, y que yo pude descubrir porque quizá mi pensamiento pertenezca más a otras épocas.

ÍNDICE

<i>PRESENTACIÓN</i>	9
CÓRDOBA DE LEYENDA	15
El secreto de Madinat Al Zahra	17
La torre de la Malmuerta.	23
El sepulcro vacío	29
La flor del granado	43
El entierro de don Luis	49
La dama blanca	55
Los enamorados de la Almedina	65
La casa del duende	71
Las emparedadas	75
El palacio de Orive	81
La Virgen de los Santos	87
El encinar de los ahorcados	93
El rosario de la Aurora.	99
Las luces de las vírgenes.	107
El rabo del diablo	113
La promesa del cementerio	121
La cruz del boticario	129
El Cristo de las Penas	133
La Virgen del Castillo	137
El anillo de la duquesa.	145
CUATRO LEYENDAS ANDALUZAS	153
LA LANZADA.	155
JESÚS DEL GRAN PODER.	161
EL TESORO DEL ALBAICÍN.	165
EL ARCEDIANO DE LA CATEDRAL	171
<i>EPÍLOGO</i>	177
<i>NOTAS</i>	181